

LA VEJEZ

AL SEÑOR DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.*

¿Dó me llevais?... Al resplandor brillante
Que antorchas cien en candelabros de oro
Dan al rico salon.
Del convite las mesas veo delante,
Y de la gula en ellas el tesoro
Lucir su profusion.

De tersa plata en cinceladas fuentes
Los manjares la atmósfera embalsaman
Con sabroso vapor.
En tallados cristales transparentes
Vinos deliciosísimos derraman
Su perfume y su ardor.

Frutas de todos climas y estaciones
En los cestos de esmalte y porcelana,
Brindando miel están.
Y guirnaldas, y ramos, y festones
De flores con que mayo se engalana,
Blandos perfumes dan.

Mas nada es para mí.—Tambien ansioso
Apuré, cuando jóven alentaba,
La copa del festin;
Pero ya delicado y achacoso,
Las fuerzas que mi estómago ostentaba
Tuvieron pronto fin.

Y para mí veneno esos manjares,
Y veneno tambien esos licores
¡Desventurado! son.
Y veneno esas frutas singulares,
Y veneno el aroma de esas flores,
Que alegran el salon.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.*

¿Qué me traéis? corceles vigorosos,
Armas bruñidas de templado acero,
¡Cuál relinchan aquellos orgullosos!
¡Cómo de estas deslumbra el reverbero!

Miro en el aire tremolar banderas,
Veo desfilar gallardos escuadrones,
Oigo tronar bombardas y cañones,
Escucho el són de músicas guerreras.

¿Y qué me importa á mí?—Cuando lozano
Jóven en ansia de la gloria ardia,
Fulminó el hierro mi robusta mano,
Y ayudé al triunfo de la patria mia.

Y un uniforme espléndido, elegante,
Y un caballo mi afan eran tan sólo,
Y del marcial clarin la voz sonante
Mi única y sola ley de polo á polo.

Mas ya mi fuerza á dominar no alcanza
Del potro cordobés el poderío;
Y el terso estoque y la fornida lanza
Caen de la mano cuando pierde el brio.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.*

¿Qué pretendéis?... Un pueblo numeroso
Atento ocupa la engañosa escena,
Frenético entusiasmo la enajena,
Retiembla á sus palmadas el salon.

El genio de un poeta venturoso
Lo fascina, aprisiona, exalta, enciende,
Y en dominio sin límite se extiende
Su celeste fugaz inspiracion.

¡Oh, cuán grato es mirar correr el lloro
De ternura y amor por los semblantes,
Y el ver los corazones palpitantes
Al poder de los versos celestial!

¿Y qué dicha más grande, qué tesoro
Mayor que los aplausos triplicados,
Y el verse los cabellos adornados
Con corona de lauros inmortal?

No es ya esto para mí.—Cuando son hielo
La sangre, el corazon, la fantasia,
El fuego encantador de la poesia
Se apaga, hielo tórnase tambien.

Un alma sin vigor pierde su vuelo,
Una cascada voz pierde su encanto,
Y no producen conmocion ni llanto
Versos tibios, que se oyen con desden.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.*

¿Qué pretendéis? ¿Que al bullicioso prado
Baje á gozar las auras de la tarde,
Con el concurso alegre y apiñado
Que entre árboles y fuentes bulle y arde?...

Ya no es para mí grato aquel paseo.
¡Cuánto, oh cielo, lo fué!... Mas ya no llama
Mi atencion la alta dama,
Que ostenta en su landó lujoso arreo.
Ni el inglés carruaje,
Que relumbra y chispea,
Ni el volador plumaje,
Ni la rica librea,
Ni el caballo, que ufano se pompea
Entre uno y otro espléndido equipaje.

Ya para mí no es nada el dulce hechizo
De aquel fuego que brilla
Al través del sombrero ó la mantilla,
Y del ligero vaporoso rizo,
De unos ojos que dan ó muerte ó vida,
Soles de un cielo donde amor se anida.

...¿Qué me importan las frases dislocadas,
Que vuelan derramadas
De los grupos que pasan diferentes?
¿Qué de amantes parejas el arrullo?
...¿Qué el continuo murmullo
De aquel mar agitado de vivientes?...

Si algun caballo ó coche me atropella,
Apénas puedo con turbada huella
El peligro evitar. Si por acaso
Unos ojos de luz encuentro al paso,
Huyen ¡ay! de los míos
Apagados, sombríos:
Y ni un semblante grato, una sonrisa,
Ni una frase fugaz mi pecho halagan,
Y las turbas, que vagan,
Me empujan y me oprimen. Ya me pisa
El jóven, que siguiendo con los ojos
La causa de su encanto ó sus enojos,

No ve do pone el pié. Ya torna en ceño
Su semblante risueño
La que vuelve un instante
A mirar á su amante,
Y halla mi rostro adusto:
Y ya le causa susto,
La arredra y martiriza
Mi frente de ceniza,
Mi severa mirada,
A la que recatada
Y tímida un billete delicioso
Iba al paso, á entregarle á algun dichoso.
¡Ay cielos!... No respiro
En aquel mundo extraño en que me miro.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.*

¿A dó me conducís?... Cuando reposo
Han menester mis miembros fatigados,
Carcomidos, helados,
¿Quereis que éntre de un baile en el salon?

Ved qué noche, qué cielo borrascoso:
Las nubes lluvia sin cesar derraman,
Los aquilones brañan;
Estas las horas de descanso son.

Mas el aura los suaves instrumentos,
Inundan de dulcísima armonía,
Vencen la luz del dia
Las arañas de bronce y de cristal.

¿Qué atmósfera los ricos aposentos
Tan templada y vivífica contienen!
¿Qué dulce encanto tienen!...
Un aura se respira celestial.

¿Qué galas, y qué joyas, y qué flores
Ostentan elegantes damas bellas,
Rutilantes estrellas
De un cielo de placeres y de amor!

Helados, frutas, dulces y licores,
Y el té de China, y el café de Moca,
En el cristal de roca
Nos brinda el ostentoso aparador.

Ya en raudo remolino
De embalsamado viento,
Respirando contento,

Por incierto camino
Las parejas girando en torno están.

Y en un mar de armonía
Se agitan, se revuelven,
Y se alejan y vuelven,
Y cruzan á porfía,
Y en confuso tropel cruzan y van.

Ni la alfombra moruna
De sus plantas se queja,
En pos de sí no deja
Rastro ni huella alguna
La turba que á compás gira el salon.

Hojas del fresco octubre,
Que manso viento lleva
Sobre la yerba nueva,
Que la llanura cubre,
Las parejas que en torno vuelan son.

Vamos de aquí,
La confusion
De este salon
No es para mí.
¡Ay! me marea
El raudo giro
Que en torno miro;
Y cuando ondea
La gasa leve
Como la espuma,
Cuando se mueve
La riza pluma,
Cuando un pié breve
El mio toca,
Y el blando aliento
De hermosa boca
Junto á mí siento,
De abatimiento
Mi alma se llena,
De negra pena
Mi corazon...
Me ahogo, sí...

Vamos de aquí,
La confusion
De este salon
No es para mí.
Ya en él seré
Una fantasma,
Que hiela y pasma
A quien la ve.

Vamos de aquí,
No es el salon del baile para mí.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento
Y la muerte, y despues el ataud.*

¡Ay! si el tiempo voraz derrumba y traga
La fuerte torre y la robusta encina,
Si las montañas hunde y arruina,
Sorbe los mares y el volcan apaga,

¿Qué hará del hombre, efímera criatura,
Frágil gusano, polvo deleznable,
Cuyo existir mezquino y miserable
Un rápido momento apénas dura?

Y cuando el mudo curso de los años
Descompone sus fibras y su mente,
Y el corazon helándole, inclemente
De dolores lo cerca y desengaños,

¿Qué es para el hombre el mundo?... Unaposada
De que debe partir al otro día.
¿Y cómo sufrir debe la agonía
Un cuerpo, que desplómase en la nada?

Sea de un benigno sol el rayo ardiente,
Que lo restaura un poco, su consuelo,
Un mullido sillón todo su anhelo,
Un báculo su amigo y confidente;

La dieta su regalo, y el reposo
En soledad tranquilo su contento,
Donde pueda entregarse al pensamiento,
O en los brazos de su sueño letargoso.

Y en la misericordia confiado
Del que da luz al sol, vida á la hormiga,
Empuje al huracan, jugo á la espiga,
Y ante quien no hay futuro ni pasado,

El rumor no le asuste de la planta,
De la muerte, que á hollarlo se encamina,
Ni al mirar la segur, que se avecina
Para segar su misera garganta.

*Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.*

Nápoles 1847



EL CAMPO

AL DUQUE DE MONTEBELLO

¿A esto campo llamais? ¿A los verjeles,
Que arregla y que repule un jardinero,
A un bosquecillo á guisa de florero,
Y á tiestos de azucenas y claveles?

¿A un palacio, que puede maravilla
Del arte ser, y se alza á las estrellas,
Con estancias tan anchas y tan bellas,
Y donde el lujo refinado brilla,

Casa de campo la llamais, en donde
El descanso y salud buscais ansioso,
Y aquel tranquilo y plácido reposo,
Que en la apacible soledad se esconde?

¿Y juzgais poner tregua á la fatiga
Del mundo, á cuatro pasos de la corte,
Donde de fatuos la importuna cohorte
Os sigue á todas horas y os hostiga?

¿Donde es más atildado vuestro traje,
En donde en sus venenos más esmero
Pone vuestro famoso cocinero,
Y do ostentais más brillo y equipaje?

Esta vida de moda, titulada
Vida de campo, es vida de artificio,
De loca vanidad, de lujo y vicio,
Que ni al alma ni al cuerpo sirve nada.

Vida de campo es cosa diferente,
Casa de campo es diferente cosa,
Y el que llamar así las vuestras osa,
O no dice verdad, ó está demente.

Para buscar descanso de la corte,
Y en vez de su afanoso movimiento,
Paz, y reposo y plácido contento,
De modo tal que á la salud le importe,

Fuerza es ir léjos de ella, renunciando
Al género de vida que ella impone,
Y donde cuerpo y alma no aprisione
De moda y chismes el dañino bando.

Escondese en el seno enmarañado
Del bosque, que hizo Dios, en las montañas
Obra de su poder, ó en las cabañas
Aproximarse al primitivo estado.

Admirar la fructífera llanura,
Donde el Omnipotente á manos llenas
Al mísero mortal de sus faenas
Le da en premio sustento con hartura;

Los montes que, gigantes, la alta frente,
De peñascos y encinas coronada,
Esconden en la nube nacarada,
Y el primer rayo gozan del Oriente;

El llano que se viste de amapolas,
La cascada, que entre una y otra peña
Rota, á los hondos valles se despeña,
O de la solitaria mar las olas.

¿Los mosaicos qué son y losas tersas
A las maduras mieses comparados?
¿Qué con la verde alfombra de los prados
Las que tejen solícitos los persas?

¿Qué es del hombre el más grande monumento,
Sus columnas, sus torres y obeliscos,
Si se comparan con los altos riscos,
Puntales del remoto firmamento?

Y de un piano aleman el cencerreo,
Y el oscuro clamor de una vihuela,
El canto de la enclenque damisela,
Y de galan raquíptico el solfeo,

Allá en la corte apláudanse en buen hora,
Donde todo es ficcion, todo mentira;
Pero que se celebren me da ira
Léjos de aquella habitación traidora.

En el campo escucharse la voz debe
De la naturaleza, y su armonía,
El grave acento de la selva umbría,
Cuando su cabellera el viento mueve.

El estruendo de ronca catarata,
Que se rompe bramando en remolinos,
Por toscas peñas, por robustos pinos,
Y en espuma y en humo se dilata.

El murmullo apacible, que en la oscura
Noche esparce el arroyo entre las flores,
Y el que la brisa forma en los alcores,
Meciéndose en los lechos de verdura.

Los dulces trinos, los gorjeos suaves
Del ruiseñor, que sus amores llora,
Y los himnos que cantan á la aurora
En dulce coro las risueñas aves.

Y si sublime música se anhela,
¿Cuál á la voz del huracan se iguala,
O á la del mar cuando el empuje escala,
O del granizo cuando el campo asuela?

Pues, y los elegantes cortesanos,
Que á caballo ó en tilburi, á porfía
Vienen á fastidiaros todo el día,
Y á quitaros el tiempo de las manos,

¿Se pueden tolerar? Y esos festines
Con plata y con *vermeil*, y esos lacayos
Con franjas y cordones en los sayos,
Chupa roja y calzon, guantes, botines,

¿Hay quién los sufra?... Y el paseo en coche,
Y esas ropas de seda recamadas,
Y sorber el té inglés, y hacer *charadas*,
Hasta mucho despues de media noche,

¿Es vivir en el campo?—Yo, si anhelo
Descansar de este mundo bullicioso,
Y en busca de salud y de reposo,
A una agreste mansion dirijo el vuelo,

Rompo todos los hábitos de corte,
Sus palacios, sus mesas y su traje
Olvido, y hasta olvido su lenguaje;
Y la simple verdad sólo es mi norte.

Busco la soledad, que en ella sólo
Se alza el mortal á la serena altura
De la meditacion, y se figura
Dueño de la creacion de polo á polo.

Ya trepo de los montes á la cima,
Despreciador del viento, con la mente
Me lanzo á contemplar el sol ardiente,
Y águila soy que al cielo se sublima.

Y bajo á lo profundo de los valles
A escuchar de la tórtola el reclamo,
Y cruzo libre, como el libre gamo,
Limpios arroyos y torcidas calles.

Y si de aquellas quiebras en el fondo
Me asalta un temor vago, incierto y frio,
No tengo que fingir denuedo y brio,
Y con las liebres tímidas me escondo.

Ya á la par del reptil de verde escama,
Me deslizo en la yerba de los prados,
Donde encuentran mis miembros fatigados
Siempre mullida y deliciosa cama.

Ya fiero del desierto me reputo
Cuando recuerdo agravios y rencores,
Ya para con alevos y traidores
Lecciones tomo del raposo astuto.

Ya de ilusiones blandas y sabrosas,
Vuelo en las alas al humilde nido
Donde su tierno amor han escondido
Las aves inocentes y dichosas.

Si me hielan las brisas de la aurora,
Me restaura del sol la lumbre ardiente;
Si esta me abrasa, el delicioso ambiente
Busco, que en las oscuras selvas mora.

Al despuntar el sol abro los ojos,
Disfruto á mi placer del día entero,
Y cuando va á alumbrar otro hemisfero,
Ya mis miembros del sueño son despojos.

Y si anhelo la humana compañía,
Pues sociales al cabo hemos nacido,
Sin componer ni rostro ni vestido
Ni frases rebuscar de cortesía,

Vóime al chozo inmediato ó á la aldea,
Y converso con rudos labradores,
Y en sus charlas y pláticas de amores
Mi mente se complace y se recrea.

No porque necio abrigue la creencia,
Juzgando verdaderos los idilios
De Moscos, Garcilasos y Virgilio,
Que es la choza el hogar de la inocencia;

Sino porque los rústicos al ménos,
Si hombres al fin, y como tal taimados,
No tienen á la moda enmascarados
Sus coñatos ya malos ó ya buenos.

Y á la sana razon es cosa rara
Que se nieguen, y saben por instinto
Juzgar de nuestro humano laberinto
Con gran exactitud y á luz muy clara.

Vivo como ellos viven. Oro y seda
No adornan mi vestido. Es el aseo
De mi ajuar y persona el solo arreo,
Sin que otro alguno incomodarme pueda.

Como, como ellos comen, pan moreno,
Caza y legumbres. Bebo vino puro.
Del sol ni del relente no me curo,
Y prefiero al colchon de pluma el heno.

Y despues de dos meses de esta vida,
Más robusto, más jóven, más tranquilo,
Dejo del campo el sosegado asilo,
Contento y la salud restablecida.

Y al bullicio del mundo alegre torno,
Y de la sociedad á las delicias,
Preguntando afanoso las noticias,
Y si ha habido en el orbe algun trastorno.

Así comprendo sólo que útil sea,
Y que así les conviene al cuerpo y alma,
Dando vigor al uno, á la otra calma,
La vida de los campos y la aldea.

Que esta vida de moda y de artificio,
Más que la de la corte refinada,
Siempre será por mí considerada
Vida de vanidad, de lujo y vicio.

Castellamare, Julio de 1847.

